

fica. Esto explica las proporciones peligrosas que tomaron las dos guerras dinásticas que surgieron e impidieron al emperador, después de hecha la paz con los godos, dedicarse mas y con mejor éxito a la política interior y exterior del imperio.

La primera de estas guerras estalló a consecuencia del súbito fin del joven Graciano. Este había ido perdiendo desde el año 380 toda su popularidad, porque sin desmentir nunca sus bellas cualidades habíase apartado gradualmente de los negocios del Estado para dedicarse a sus recreos favoritos, la poesía, la caza, el tiro del arco, las funciones del circo y del teatro, dejando el gobierno en manos de los grandes dignatarios. Si algo le interesaba de los asuntos públicos era la cuestión religiosa, en la cual seguía la política de Teodosio. En este sentido dió en el año 382 varios pasos trascendentales; primero decretó la confiscación de los bienes inmuebles que «los errores vetustos de otros tiempos» habían regalado a los templos paganos, y además suprimió las subvenciones del tesoro para mantener el brillo de los antiguos cultos, las corporaciones sacerdotales y los sacerdotes, así como sus privilegios e inmunidades, permitiendo en adelante solamente donaciones y legados en bienes muebles a favor de los templos y sus sacerdotes. Este decreto fué un golpe mortal para la pompa secular de los cultos antiguos. Después, continuando en esta vía, mandó quitar de nuevo de la sala de sesiones del Senado la estatua de la diosa Victoria y su altar, cediendo a las instancias de la exigua minoría cristiana que se había formado en aquella corporación; y para complacer a los obispos Dámaso y Ambrosio no recibió siquiera a la comisión del Senado, presidida por Símaco, que pasó a Milan para suplicarle que revocara la citada orden. Finalmente dió el paso que como cristiano sincero y como hombre de bien no podía menos de dar, es decir, la dimisión de la dignidad tradicional de Sumo Pontífice pagano, dimisión hecha a fines del año 382 ó a principios del siguiente, y en 21 de mayo del año 383 publicó en Padua un decreto, análogo a otro de Teodosio, privando de muchos derechos a los apóstatas de la religión cristiana.

Todo esto había hecho odioso a Graciano a la mayoría de los paganos de Occidente, y para mayor desgracia suya perdió también las simpatías del partido católico, por el cual tanto había hecho. En vano eximió en el año 377 al bajo clero de todas las cargas públicas y honoríficas y de otros gravámenes, permitiéndole además, en 379, contra los principios de su padre, hacer el comercio al pormenor sin pagar contribución alguna; a pesar de esto no se le perdonó el que dejase, como dejó, de perseguir, faltando a su política habitual, una nueva secta ascética, la de los priscilianistas, formada en España a mediados del siglo IV por un egipcio y que había recibido su nombre de Prisciliano, primera persona distinguida por su posición y talento que la prohió. Esta secta era una mezcla de teosofía poética y espiritual y de principios cristianos, gnósticos, maniqueos y sobre todo ascéticos, siendo el celibato, las penitencias rigurosas y la abstención de todo lo mundano lo que mas la caracterizaba. No tardó esta secta en excitar la hostilidad violenta de la parte ortodoxa, la cual no se contentó con atacar sus extravíos y exageraciones sino que apeló para desacreditarla a la calumnia mas rastrera. Los principales adversarios de los priscilianistas eran en efecto el obispo Idacio de Mérida y su colega Itacio de Osonuba, hoy Estombar en Portugal, personas conocidas como gente tosca y de bajos sentimientos. En el año 379 la excitación de los ánimos en España con motivo de esta contienda religiosa había llegado a su grado máximo. Al año siguiente se reunió un sínodo en Zaragoza que condenó el ascetismo exagerado de los priscilianistas; pero estos, lejos de hacer

caso de las resoluciones prudentes del sínodo, eligieron a su jefe Prisciliano obispo de Avila. Entonces Idacio de Mérida acudió al emperador Graciano, que efectivamente publicó un decreto ordenando la expulsión de la secta; pero esta en lugar de disminuir, creció mas, se extendió hasta la Aquitania, y sus jefes, para librarse de la ira de sus adversarios, pasaron a la corte, donde según se dijo ganaron a fuerza de dinero al canciller Macedonio y a otros hombres influyentes, y por su intercesión obtuvieron otro decreto imperial que anulaba el anterior y les restituía sus iglesias.

De esta manera creóse el emperador enemigos en todas las clases, y para colmo de males se indispuso, como antes se había indispuerto Constante, con el ejército, por la preferencia con que distinguía a los germanos, preferencia aun mayor que la que Teodosio mostraba a los godos. Los germanos eran odiosos a los griegos y romanos, y hasta a los mismos germanos mas ó menos romanizados del ejército, tanto mas cuanto que ocupaban también los altos puestos militares, y era bochornoso para el pueblo romano tener que reconocer que sin los grandes generales germánicos con uniforme romano el imperio no habría podido sostenerse. En estas difícilísimas circunstancias, cuando tantas y tan justas quejas se levantaban de todas partes y en todas las clases de la población, cometió Graciano la falta de tomar a su servicio una banda de alanos, por su destreza en la caza y en la equitación, y no contento con esto se mostró a menudo entre ellos y en público en su traje bárbaro y miserable. Esto acabó de irritar contra él y contra su ministro franco Merobando los ánimos de todos. Las legiones estacionadas en Inglaterra, de antiguo turbulentas y con menos elementos indígenas que las del continente, estaban todavía mas descontentas de Graciano que estas últimas y fueron las que se sublevaron las primeras proclamando emperador a un español que servía en sus filas desde el tiempo del gran Teodosio, el padre del emperador del mismo nombre.

El nuevo emperador faccioso se llamaba Magno Clemente Máximo; de cuna humilde y oscura, dependiente de la familia de Teodosio y empleado en su servicio, había entrado bajo sus auspicios en el ejército de Inglaterra y hecho fortuna, avanzando por su pericia y talento y granjeándose las simpatías y consideración de los soldados. Excitado por el ejemplo del afortunado hijo de su protector, que había llegado a ser emperador, y no faltándole ambición, pensó utilizar en su beneficio el descontento general que había provocado Graciano contra su persona y gobierno. Con refinada astucia supo exacerbar la irritación de las tropas y disponerlas a su favor, no solamente en Inglaterra sino también en las orillas del Rin, y con tal disimulo, que ni Graciano ni su astuto ministro Merobando llegaron a concebir la mas leve sospecha hasta que estalló la mina en el verano del año 383. Proclamado emperador por el ejército de Inglaterra, Máximo reforzó sus tropas con muchos reclutas y pasó con ellas al continente, donde se presentó con brillantes promesas, como partidario apasionado de las glorias romanas y del catolicismo ortodoxo. En el delta del Rin se pasaron las tropas y las ciudades a su partido y pronto se vió dueño de la Galia hasta el Sena. A mediados del verano acudió Graciano desde Milan y cerca de Paris formó su ejército, mandado por Merobando y Valio; pero el astuto Máximo eludió durante cinco días el ataque a fin de dar a sus agentes tiempo de sobornar las fuerzas leales, que efectivamente, precedidas por la caballería nómada se pasaron a sus filas. Graciano, desesperado, huyó con trescientos jinetes en dirección de Italia, perseguido por Andragacio, griego natural del Ponto, general de caballería y consejero de Máximo. Llegado que hubo el joven emperador a Lyon, el falaz gobernador

general de la Galia lionesa le instó a que tomara algun descanso con su gente. Allí le alcanzó su feroz perseguidor, estando sentado a la mesa en la gran sala del palacio en compañía del gobernador y de un gran número de notables de la ciudad, en cuya presencia fué asesinado el 25 de agosto del año 383.

Máximo, dueño ya de la Galia, se contentó con desembarazarse de Merobando y de Valio, lo cual le facilitó el primero suicidándose; y sin parar su atención en otros negocios, procuró legitimar su nueva posición.

La emperatriz Justina, al saber en Milan lo ocurrido, se apresuró a reconciliarse con Ambrosio, el cual, tan excelente hombre de Estado como de iglesia, se prestó gustoso a pasar como enviado extraordinario de la emperatriz a Tréveris, para sondear allí el terreno y detener, si posible era, los progresos de la revolución fuera de la Galia, mientras Justina por su consejo hacia ocupar militarmente los desfiladeros de los Alpes por el general Bauto. Este general desembarazó la Retia de las tribus yutungas que la habían invadido e hizo invadir su territorio por otras masas hunas y alanas. Entretanto Ambrosio continuó negociando con Máximo en su corte de Tréveris durante el invierno del año 384, dando Máximo largas a las negociaciones hasta saber cómo tomaba el cambio Teodosio, de cuya decisión dependía todo. Era muy natural que Teodosio quisiera vengar la muerte de su sobrino, pero su posición era entonces difícilísima. Aunque nada tenía que temer de parte de los hunos, que no habían extendido su invasión mas allá de los Carpacios, y solo hacía el año 400 algunas bandas volvieron a moverse y extenderse en dirección de la Nueva Dacia, todavía el movimiento de los diversos pueblos bárbaros, buscando un nuevo equilibrio después de la embestida de los hunos, continuaba en toda la región del Bajo Danubio. Los visigodos sobre todo no acababan de acostumbrarse a su nueva situación; la península balcánica empezaba a duras penas a rehacerse de las infinitas y espantosas desgracias que habían llovido sobre ella durante la larga invasión goda, sin poder poner fin a la lucha civil entre cristianos católicos, arrianos y paganos; y para completar las dificultades, era tan insegura la paz con la Persia, que Teodosio creyó necesario hacer en aquella frontera algunas demostraciones militares para rechazar los ataques de las tribus sarracenas de la Arabia en las fronteras de la Siria y la Mesopotamia, y al mismo tiempo infundir respeto al nuevo rey de Persia Sapor III, que había sucedido en el trono en el año 384 a su padre Artajerjes II, sucesor a su vez de Sapor II en 381.

En estas circunstancias era evidente el deseo de paz en las tres cortes imperiales de Constantinopla, Milan y Tréveris. Así, a mediados del año 384 llegaron a un arreglo según el cual Teodosio y Justina convinieron en reconocer al asesino de Graciano como emperador en la prefectura de la Galia, y Máximo se obligó a moderar su codicia y respetar la Italia y la prefectura ilírica.

Gradualmente tomaron las cosas en Italia un aspecto que permitió a Máximo al cabo de pocos años extender sus conquistas a esta península, en la cual entretanto en medio de la agitación política continuaba la contienda religiosa en toda su fuerza. La mayoría pagana del Senado quiso que el hijo de Justina, Valentiniano II, devolviera a su sitio en la sala de sesiones el altar y la estatua de la Victoria, con lo cual dió lugar a una apasionada polémica literaria. En ella defendió la causa del Senado el célebre Quinto Aurelio Símaco, que vivió entre los años 350 y 420. Su padre, senador también opulento y prefecto de Roma desde abril de 364 hasta principios del año 366, dotó la capital del magnífico puente aureliano ó valentiniano cerca de San Sixto que fué construido

entre los años 360 y 380. El hijo, senador riquísimo y partidario erudito de la antigüedad pagana, y uno de sus últimos representantes, célebre como orador y estilista elegante, y mas que todo por sus cartas, que recuerdan a Plinio el joven, ofrece en sus escritos un carácter pronunciadamente elegíaco basado en la convicción de ser defensor de una causa perdida. Este Símaco, pues, como senador y prefecto de Roma fué el encargado por el Senado de presentar al emperador en Milan la célebre memoria en la cual la corporación solicitaba la restitución del culto antiguo. Esta memoria fué rebatida por otra redactada por Ambrosio, tan brillante como enérgica, cual correspondía al gran diplomático y esforzado campeón de la iglesia victoriosa, y el resultado fué que el Senado recibió una respuesta negativa.

No mucho tiempo después obtuvo el mismo obispo otra victoria igualmente brillante sobre la emperatriz Justina, que de ninguna manera quería abandonar su fe arriana, en la cual había educado también a su hijo, fe que naturalmente profesaban todo el personal de su corte y su guardia de palacio, compuesta con este objeto preferentemente de godos. Por esto los historiadores ortodoxos de su época y de tiempos posteriores pintan a Justina con aquellos negros colores que los partidarios del símbolo de Nicea se habían acostumbrado desde larga fecha a aplicar a todos sus adversarios; pero la historia crítica moderna solo censura a aquella emperatriz, fiel a sus convicciones religiosas, el haber querido realizar un deseo perfectamente justo en una época completamente desfavorable para ello. Este deseo era celebrar con los demás arrianos de Milan la fiesta de Pascua según su rito en una iglesia propia, a saber, en la pequeña basílica Porciana, situada extramuros de la ciudad. Esto excitó el fanatismo de la población católica y la resistencia mas tenaz de Ambrosio. La corte no retrocedió, y pidió entonces la basílica nueva, templo magnífico en el interior de la ciudad, lo cual exacerbó tanto el furor del pueblo homusiano, que la emperatriz no pudo presentarse en público sino rodeada de su guardia goda; porque la tenacidad del obispo y sus himnos sencillos pero entusiastas, que pronto se hicieron populares, arrojaron a las masas católicas, haciendo vacilar a los empleados del gobierno y hasta a una gran parte de las tropas imperiales en el cumplimiento de sus deberes. El poder imperial, tan absoluto, quedó de hecho completamente reducido a una ilusión cuando la emperatriz el miércoles de Ceniza mandó ocupar por la tropa la disputada basílica en nombre de su hijo; porque el obispo había amenazado con la excomunión a cuantos hiciesen armas contra los fieles por orden del joven emperador herético Valentiniano. La corte no se rindió por esto; llamó a Milan al obispo arriano Auxencio, natural de Iliria y cuyo verdadero nombre era Mercurino, y a petición de este prelado el emperador Valentiniano II publicó un decreto en 21 de enero de 386 devolviendo a todos los adeptos del símbolo homeico de Rímni la libertad de practicar públicamente su culto, amenazando con la pena de muerte a los contraventores. Esto suscitó nuevas tempestades, y otra tentativa que la corte hizo para apoderarse de la basílica Porciana por un medio indirecto para la fiesta de Pascua de aquel año, se estrelló también como la primera vez contra la vigilancia del obispo. Entonces renunciaron Justina y Valentiniano a sus proyectos en Milan y trabajaron para restituir a los arrianos la libertad de culto en otras ciudades de Italia; pero sus esfuerzos también fracasaron por la súbita presencia en la península del emperador Máximo, que había estado acechando la ocasión favorable para entrar en Italia y agregarla a sus dominios.

Durante estos sucesos religiosos en Italia Máximo había gobernado con extraordinaria habilidad, ganando las simpa-

tías de los romanos, de los germanos y de los católicos. Lo único de que todos se quejaban era la pesada carga de las contribuciones. En su celo católico y cediendo a las instancias del obispo Itacio de Osonuba, había ido mas lejos que ninguno de sus predecesores y dado el primer ejemplo de hacer sufrir la pena capital a personas que no habían cometido mas delito que profesar una fe diferente de la católica. Los jefes priscilianistas fueron llamados en el año 384 a un sínodo en Burdeos, y como apelaran de sus resoluciones al emperador, fueron conducidos desde allí a Tréveris, donde se vió muy pronto que Máximo estaba completamente dominado por los obispos católicos de España. Fueron, pues, inútiles todos los esfuerzos del obispo Martin de Tours, que ocupaba aquella sede desde el año 375 y era llamado por sus virtudes, su talento y carácter noble, el Ambrosio de la Galia. Este santo varon había hecho prometer a Máximo no firmar ninguna sentencia de muerte; pero a pesar de esta promesa, se formó causa criminal a los sectarios priscilianistas, se les aplicó el tormento y se les condenó a muerte. En el año 385 fueron decapitados en Tréveris Prisciliano, seis sacerdotes y una mujer, y siendo personas ricas se confiscaron los bienes a todos.

Este fué el primer asesinato jurídico en el mundo cristiano por el solo motivo de la fe religiosa, suceso que excitó la mayor indignacion en los eclesiásticos mas notables de aquel tiempo y sobre todo en el ánimo de Ambrosio. Sin embargo, entre las masas fanáticas adquirió Máximo grandísimas simpatías hasta en Italia. La ferocidad de la persecucion aumentó el número de priscilianistas en España en lugar de disminuirlo; mas para Máximo dió el resultado que había calculado: el de destronar en su provecho a Valentiniano. Demasiado tarde hizo Valentiniano en 386 su paz con Ambrosio, porque entonces estaba Máximo preparando ya su campaña como «defensor de la fe ortodoxa» contra el joven emperador; ni produjeron ningun resultado las negociaciones pacíficas de que se volvió a encargar el obispo de Milan. Máximo, mientras continuaba sus imponentes armamentos, supo entusiasmar tanto a las masas católicas de Italia con su ortodoxia y su bien fingida indignacion por el decreto de Valentiniano que restituía a los arrianos la libertad de su culto, que el joven Valentiniano estaba ya derrotado moralmente antes de que su rival se pusiera en campaña, y para mayor desgracia suya, murió entonces Bauto, su único general de confianza. El astuto Máximo no se fió sin embargo de todos estos auspicios favorables, y engañó a la corte de Milan, en el año 387, con falsas seguridades de paz. El enviado de Valentiniano en Tréveris, llamado Domnino, lo creyó arreglado todo, tanto mas cuanto que Máximo facilitó al joven emperador hasta un cuerpo auxiliar de tropa contra los bárbaros que inquietaban la frontera de Panonia. El mismo Domnino era el encargado de conducir aquel cuerpo a Italia; pero cuando en el otoño del año 389 hubo pasado los Alpes, el falaz Máximo, que le había seguido con todo su ejército, se lanzó súbitamente tras él, y una vez en Italia presentóse como amigo delante de Milan. Justina, Valentiniano y su corte apenas tuvieron tiempo de huir y pasar a Aquileya, donde sin esperanzas de hacer resistencia se embarcaron para Salónica y allí se pusieron bajo la proteccion de Teodosio.

Ya era dueño Máximo de la prefectura de Italia, y solo faltaba saber cómo tomaría este nuevo cambio Teodosio, cuya posición era a la sazón mucho mas desahogada que tres años antes. En efecto, estaba en paz con la Persia; en las demás fronteras tampoco era inminente la guerra, y los godos le aprontaban gustosos millares de guerreros deseosos de pelear. En aquel mismo año había podido sofocar una

sublevacion terrible, acompañada de asesinatos e incendios, en Antioquia a causa de una nueva contribucion extraordinaria, y fuera de los directamente culpables no había castigado a nadie. Teodosio era católico, es decir, homusiano ardiente, y Máximo se había presentado tambien como defensor caluroso de la fe católica, mientras Justina y su hijo Valentiniano eran arrianos; pero, ¿quién sabía si la política ó el parentesco tendrían mas poder sobre Teodosio que el ardor católico? Teodosio se tomó tiempo para resolver, y cuando Valentiniano II abjuró los errores del arrianismo, decidióse por él contra Máximo. Habiendo enviudado el año 385 casóse con Gala, hermana de Valentiniano, mujer célebre por su hermosura, é intimó a Máximo que habiéndose hecho católico Valentiniano, le restituyese en sus dominios. Máximo se negó a semejante restitucion, con lo cual probó a la faz del mundo que la religion solo había sido el pretexto para escudar su codicia y ambicion. Perdió, pues, mucho prestigio en el ánimo de la poblacion de Italia, y mas todavía cuando castigó a los culpables del incendio de las sinagogas judías, efectuado por la turba fanática en Roma. Teodosio, sin embargo, no se dió prisa en atacarle hasta que hubo concluido todos sus preparativos. La astucia de Máximo de excitar por medio de agentes secretos la rebelion en las filas visigodas de Teodosio, no dió el resultado apetecido, porque la sublevacion fué sofocada al instante. Finalmente púsose en marcha en el mes de mayo de 388 el ejército de Oriente y luego se vió que Teodosio había tenido el talento de formar un núcleo de generales excelentes que hicieron un papel brillante en esta guerra y en las sucesivas. Timasio, el general de infantería, Promoto, que lo era de caballería, y los francos Ricomero y Arbogasto mandaban este ejército, cuyo núcleo estaba formado de ostrogodos y visigodos, con una caballería numerosa de alanos y hunos. Mientras estas fuerzas se dirigían desde los Balcanes hacia los Alpes, Teodosio hizo correr la voz de que iba a efectuar el ataque principal por mar, y Máximo, dejándose engañar, envió a Andragacio con una escuadra al mar Jónico para impedir el supuesto ataque por aquel lado. Con esto debilitó considerablemente sus fuerzas terrestres, con las cuales, bastante numerosas todavía y compuestas principalmente de alamanos y francos, pasó los Alpes Julianos al encuentro del ejército de Teodosio, a pesar de que justamente entonces recibió la fatal noticia de una invasion formidable de francos en la Bélgica.

Contra la estrategia y serena energía de Teodosio, nada pudieron el valor ni la impetuosidad de Máximo, el cual perdió la primera batalla, que se libró cerca de Siscia, a orillas del Save, saliendo vergonzosamente derrotado. Tambien perdió la batalla principal dirigida por su hermano Marcellino, allí donde el mismo rio Save sale de los Alpes. Larga y árdua fué la lucha; pero cuando las fuerzas de Teodosio quedaron decididamente victoriosas, se pasaron a ellas en masa las mejores tropas de Máximo. Este, consternado, dejó que las de Teodosio tomaran sin grandes pérdidas la plaza de Emona y huyó a Aquileya. Allí le siguió la caballería enemiga a las órdenes de Arbogasto, el cual consiguió penetrar en la ciudad y prender al usurpador, enviándole luego a disposicion de Teodosio. Este, que se hallaba a tres leguas de la plaza, hizo acuchillar a Máximo por los soldados en 27 de agosto ó 28 de julio del año 388.

Andragacio al saber esta desgracia se arrojó al mar. Una escuadra de Teodosio llevó al joven Valentiniano II y a su madre a Roma, donde fueron recibidos con júbilo; y Arbogasto con una parte del ejército vencedor marchó a la Galia para someter las fuerzas de Máximo allí estacionadas; pero allí tuvo que luchar primero con los francos. Los jefes de tribus francas Marcomero, Suno y Guenobando, habían pa-

sado con sus bandas el Rhin y atacado la ciudad de Colonia, y rechazados de allí se lanzaron sobre la Bélgica y la saquearon hasta que los generales Quincio y Nanieno derrotaron una de las huestes invasoras en las Ardenas, entre los rios Sambre y Escalda. Quincio, animado con esta ventaja, pasó desde Neus (Novesium) a la orilla derecha del Rhin, pero fué derrotado con grandes pérdidas. Poco despues llegó Arbogasto y en seguida se pusieron a sus órdenes Carieto y Siro con sus fuerzas. Arbogasto hizo matar a Víctor, hijo de Máximo, y despues derrotó a los francos y restableció la defensa de la frontera del Rhin.

Con esto quedó el emperador Teodosio dueño de todo el imperio; y prudente como era, se abstuvo de ejercer actos de venganza contra el partido del usurpador, si bien no dejó de adoptar disposiciones severísimas. Entregó con toda solemnidad al joven Valentiniano II la prefectura de la Galia y los demás territorios que le correspondían, pero reserván-

dose de hecho la supremacía soberana en todo el Occidente, por cuyo motivo permaneció bastante tiempo en Italia, procurando desarraigar en lo posible el paganismo y acabar con los últimos restos del arrianismo. Esto último ya le costó poco trabajo, porque la emperatriz Justina había muerto por aquel tiempo. En Roma, donde estuvo once semanas, a contar desde el 13 de junio de 389, concedió muchas mercedes y ejecutó grandes actos de beneficencia. Tambien consiguió muchas conversiones de familias altas y bajas y la remocion de no pocos ídolos antiguos; pero en Milan fué donde publicó los decretos mas importantes. El del 24 de febrero de 391 prohibió bajo la pena de multas crecidísimas en todo el Occidente celebrar ceremonias de cultos antiguos en los templos y hacer sacrificios de ninguna clase en ninguna parte. De regreso a Constantinopla expidió otro decreto, en 10 de noviembre de 392, en el cual prohibió terminantemente y para siempre toda clase de sacrificio pagano en cualquiera



Medalla de oro de Teodosio el Grande provista de un anillo para ser llevada sobre el pecho pendiente de una cadena como distintivo honorífico. Reproduccion en tamaño natural. Su peso, descontado el del anillo, es de 9 sólidos, ó sea un octavo de libra romana.

El anverso representa el busto del emperador con la leyenda: D(ominus) N(oster) THEODOSIVS P(ius) F(elix) AVG(ustus), que eran entonces títulos oficiales. En el reverso se ve al emperador sosteniendo el lábaro, con el monograma del nombre de Cristo formado por una X y una P. La medalla está acuñada en AQ(uileya) y la ley es de O B, ó sean 72 sólidos en libra romana, como las monedas de oro.

parte, y todo augurio sacado de la inspeccion de los intestinos de los víctimas, bajo pena de muerte. El mismo decreto impuso la pena de confiscacion a todo acto de culto de ídolos, conminando además con grandes multas a los jueces negligentes.

Poco tiempo despues de la muerte de Máximo ocurrió, en el año 390, un suceso espantoso y sangrientísimo en Salónica, que ilustra de una manera sorprendente el carácter moral de aquella época y el de los dos grandes personajes, Ambrosio y Teodosio. Daban entonces la guarnicion de la ciudad fuerzas godas a las órdenes de su general Boterico, el cual mandó prender un día a un auriga del circo por una falta que había cometido, y no le quiso poner en libertad cuando el pueblo en la inmediata funcion se lo pidió. De aquí se suscitó un tumulto, que la guarnicion no pudo sofocar y en el cual perecieron, víctimas del furor del pueblo, Boterico y otros oficiales. Cuando el emperador, que estaba entonces en Milan, supo lo ocurrido, no conoció límites su ira, aumentada por el temor de las consecuencias que aquellos asesinatos podían acarrear por parte de los indignados godos. Por lo mismo todas las personas que rodeaban al emperador, especialmente el canciller Rufino, natural de Elusa, hoy Eause, en Aquitania, hombre de gran talento pero avaro, duro y vengativo, pidieron que se hiciese un castigo ejemplar en los culpados.

IMPERIO ROMANO

Dadas las circunstancias, el rigor ejemplar estaba en su lugar, pero el castigo que ideó el emperador fué tal, que Ambrosio, horrorizado, le suplicó que renunciara a él. Las súplicas del obispo fueron vanas; el consejo de Rufino prevaleció, y estando el pueblo de Salónica otra vez reunido en el circo, fué rodeado el edificio por un destacamento de tropa goda, que entró despues dentro y pasó a cuchillo sin misericordia a cuantos allí se encontraban, cuyo número se elevaba, según los datos mas bajos, a 7,000 personas. La indignacion de Ambrosio cuando lo supo por su colega el obispo de Salónica, fué tal y tan grande que decidió humillar al poderoso tirano de una manera nunca vista hasta entonces. El valiente obispo, revestido de la majestad sacerdotal y en nombre de la humanidad ultrajada, negó al emperador la entrada en la iglesia durante ocho meses hasta que en la Navidad del año 390 el emperador restableció una ley de Graciano que mandaba que toda sentencia de muerte y de proscripcion, despues de haber sido presentada al emperador, quedara en suspenso por espacio de treinta dias, al cabo de los cuales se le volviera a presentar para la firma, a fin de dejar tiempo a la reflexion y calmar la ira de un momento. Renovada esta ley, pudo Teodosio entrar en la iglesia, donde arrepentido se arrojó al suelo repitiendo entre sollozos las palabras del salmista: «Mi alma yace en el polvo. ¡Señor, reanímame según tu palabra!»

39